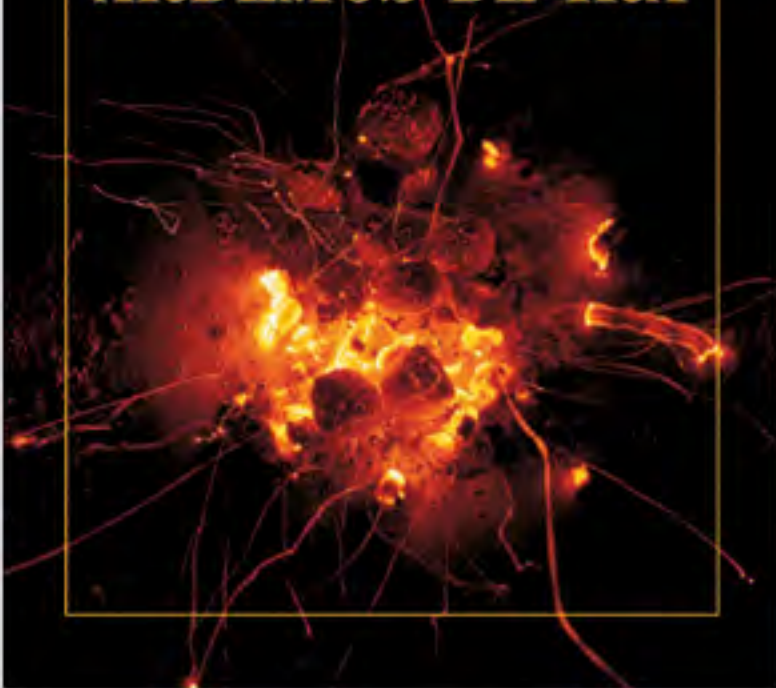




SERIE TIEMPO DE BUSCAR

# CUANDO ARDEMOS DE IRA



# CUANDO ARDEMOS DE IRA

por Tim Jackson

**E**ran las 5:05 a.m. cuando Ángela se despertó con el llanto de su bebé. Era la quinta vez esa noche. Ella ni se imaginaba que se podía sentir tanto cansancio. Los cólicos eran algo que Ángela no había planeado cuando dio a luz a su bebé cuatro meses atrás. Anhelaba poder dormir plácidamente por las noches. Pero eso parecía tan sólo un sueño que se esfumaba cada vez más. Su esposo, Guillermo, trabajaba por las noches. Ángela estaba sola.

Al tiempo que Ángela se arrastraba de la cama hacia el lugar de donde procedían los gritos del bebé, dando tropezones, no sólo se sentía cansada sino exasperada con su hijo. «¿Por qué me pasa esto a mí? —se preguntaba— yo no pedí esto. Todo lo que quiero es poder dormir. ¿Es eso mucho pedir?»

Por muy cariñosa y tierna que fue con su hijo, todos sus esfuerzos por calmarlo fueron inútiles. El llanto del bebé se intensificaba. El enojo de Ángela iba en aumento. «¡No tienes ningún derecho de destruir mi vida robándome constantemente mi sueño noche tras noche! ¡Ya cállate!» —gritó, al tiempo que sacudía al bebé.

Su conducta la asustó y al bebé también. En ese momento se dio cuenta de cuán fácil sería para ella maltratar físicamente

a su indefenso hijo. Sentía que ardía de ira hacia su hijo a quien amaba entrañablemente. La agitación interna la aterrorizó. Se desplomó sobre el suelo y comenzó a sollozar.

Elsa trabaja en un hospital como técnica en radiología. Le gusta su trabajo y lo conoce muy bien. Ayudar a otros siempre le ha producido una gran satisfacción. No obstante, cada vez se le hace más difícil llevarse bien con un médico en particular. Es tan arrogante y dictatorial. Si le hace una sugerencia acerca de una serie de pruebas que él ha ordenado para un paciente, la trata como si ella fuese completamente incompetente y la degrada. De una manera grosera, la deja con la palabra en la boca y se niega a contestar sus llamadas. La última vez que sucedió, Elsa se encolerizó. «Después de todo, ¿quién se cree que es, el muy arrogante? Si no fuera porque es un cirujano

ortopédico de mucha antigüedad en este hospital y no me puedo dar el lujo de perder mi empleo, le pondría en su sitio! ¡Quizá así me trate con el respeto que merezco!»

Luego tenemos a Pablo. Él y Rosanna estaban comprometidos para casarse en un mes. Pero una noche, mientras conducían el auto después de una salida, un conductor borracho chocó el auto de Pablo del lado de Rosanna y la mató instantáneamente. Pablo nunca será el mismo. Como recuerdo de esa noche le quedó una rodilla destrozada, y los médicos le dijeron que nunca recobraría el uso de su pierna completamente. Eso significaba un cambio de profesión para Pablo, pues trabajaba reparando techos. Pero Pablo estaba decidido a no darse por vencido.

Cinco años después, Pablo parecía estar muy bien. Conoció a Cindy,

una terapeuta, durante los dieciocho meses que tuvo que recibir tratamiento de rehabilitación para la rodilla. Desde el principio mismo de la amistad se llevaron muy bien, y a los nueve meses se casaron. La terapia le dio resultado a Pablo y hoy ha recuperado el noventa por ciento del funcionamiento de la rodilla. Aunque todo parece haber sanado bien, las cosas no son como aparentan.

Cindy se queja de que Pablo está muy alejado de ella. Siempre que lo enfrenta acerca de algo que ha hecho que la ha molestado, él se retira en total y fría indiferencia. «Es como si estuviese tan lejos que no puedo llegar a él por mucho que lo intente. Ha puesto una barrera de hielo entre nosotros y no sé que hacer. No puedo seguir viviendo así. Yo deseo a alguien que quiera estar conmigo».

¿Qué tienen en común Ángela, Elsa y Pablo? Todos

están luchando con una de las más poderosas emociones conocidas por el hombre: la ira. La ira de Ángela creció hasta el punto de convertirse en una madre abusiva para con su hijo. Elsa sentía rabia hacia su compañero de trabajo, pero no la expresó. Pablo se tragó su ira y decidió que el mejor curso de acción era enterrarla y esperar que desapareciese.

**Ira.** Raras veces pasa un día sin que sintamos cierto tipo de ira. Por eso es tan importante hablar sobre nuestra ira: lo que es, cómo nos afecta, y cómo podemos aprender a manejarla de una manera constructiva y no de una manera destructiva. Sólo cuando exponemos las raíces de nuestra ira podemos aminorar su explosivo potencial.

## ¿QUÉ ES LA IRA?

La ira es una de las emociones humanas más básicas. Todo el mundo se aíra. Es una sensación de estar contra alguien o contra algo. Es una emoción hostil que coloca a las personas una contra la otra, o incluso contra sí mismas. Por su naturaleza, la ira implica antagonismo.

Sin embargo, la ira es más sencilla de definir que de identificar. Las emociones de antagonismo pueden adoptar una variedad de rostros. Las expresiones de ira oscilan desde la evidente, abierta hostilidad con que a veces nos encontramos frente a frente, hasta la fría indiferencia de una mirada silenciosa.

A veces, la ira se siente como un fuego interno. Quema las entrañas. Uno ve rojo y se siente ardiendo y sudoroso. El estómago se revuelve, la presión arterial sube, y la respiración se

acelera como si uno estuviese trabajando bajo un gran peso. Por fuera, el cuerpo responde a la actividad interna con una apariencia sonrojada. Uno perspira, las ventanas de la nariz se ensanchan, y la quijada se aprieta. Muchas personas describen su experiencia de ira como que les hierva la sangre.

Por otra parte, la ira se puede sentir cuando externamente hacemos algo mientras el resentimiento y la hostilidad permanecen debajo de la piel. El niño que accede a sentarse porque la maestra se lo pide puede que siga de pie por dentro.

La silenciosa retirada y la falta de participación de un cónyuge es muchas veces una indicación de que uno está castigando airadamente al otro por no hacer las cosas a su manera. Las relaciones sexuales a menudo se convierten en un arma de la ira en lugar de una expresión del amor compartido en un matrimonio.

Puesto que la ira es tan común a la experiencia humana, y puesto que es una amenaza tal para las relaciones, no es sorprendente que la Biblia tenga mucho que decir acerca de los peligros, las raíces y el amansamiento de la ira.

Para empezar, las Escrituras muestran el destructivo potencial de la ira. Varios términos hebreos del Antiguo Testamento proporcionan una descripción vívida de la ira humana. Una palabra describe el rostro de una persona airada con las ventanas de la nariz ensanchadas (Génesis 39:19; Éxodo 4:14). Otra se refiere a la ira como una emoción que quema y que, una vez encendida, arde furiosamente (Éxodo 22:24; 32:10-12). Otra palabra describe la ira como un estallido de furia que quema, se desborda y consume todo lo que halla a su paso como una pared de lava derretida (Éxodo 22:21,31).

Por lo tanto, no es de extrañar que varios pasajes de la Biblia nos apremien a deshacernos de toda clase de amargura, ira y enojo (Efesios 4:31; Colosenses 3:8).

No obstante, la Biblia no siempre pinta un cuadro negativo de la ira. La gran mayoría de referencias bíblicas a palabras como enojo, rabia, ira y furia se refieren al enojo y la ira de Dios. Estos pasajes, que hablan de la propia ira de Dios hacia sus enemigos, o incluso hacia su propio pueblo, sobrepasan considerablemente las veces en que se nos dice que evitemos la ira.

Lo que la Biblia nos enseña es que la ira ni es buena ni es mala hasta tanto no hay una razón. La ira puede ser productiva y amante, de la misma manera que puede ser destructiva y egoísta. Lo que necesitamos es el discernimiento que puede desarrollarse en aquellos que quieren ver su ira desde la perspectiva de Dios.

**I. La ira destructiva y egoísta.** En la mayoría de los casos, la ira que lleva a alguien a hacerse daño a sí mismo o a otros es egoísta. Es la ira que destruye en lugar de edificar. Se parece más a una bola demoledora que a un martillo. La primera mención explícita de la ira en la Biblia muestra el potencial que tiene para matar. Génesis capítulo 4 nos cuenta la historia de Caín y Abel. Ambos ofrecieron sacrificios a Dios, sacrificios que reflejaban sus respectivas ocupaciones. Pero sólo Abel ofreció un sacrificio que agradó al Señor.

*... Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante (v. 5).*

La palabra que se usa en este versículo es la palabra hebrea para referirse a una furia que quema. Dios se dirigió entonces a Caín y trató de ayudarlo a controlar su desbordante rabia hacia Él. Dios expresó claramente que deseaba aceptar a Caín,

pero que éste debía acercarse a Él bajo las condiciones de Dios, no bajo las suyas propias (vv. 6,7). Entonces, Dios advirtió a Caín de manera apremiante:

*... si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él (v. 7).*

Caín tenía que tomar una decisión acerca de cómo iba a manejar su ira. Su orgullo estaba herido. Estaba dolido y enojado porque Dios no aceptó el fruto de su labor de la forma en que aceptó el fruto de la labor de Abel. Sin embargo, Dios le dio una oportunidad de controlar sus emociones. El hermano mayor pudo haberse arrepentido y ofrecido el sacrificio que Dios demandaba. A su vez, Dios lo hubiese aceptado. Pero Caín tercamente rechazó colocarse bajo el amparo protector de Dios. En lugar de ello, estaba decidido a tomar el asunto en sus propias manos.

Sintiéndose impotente de desenfrenar su ira directamente hacia Dios —el verdadero objeto de su ira— Caín se abalanzó sobre aquel con quien Dios estaba complacido: su hermano Abel. Caín asesinó brutalmente a su hermano a sangre fría. De hecho, su corazón se endureció de forma tal que cuando Dios se dirigió a él y le preguntó sobre el paradero de su hermano, Caín contestó sarcásticamente: «... No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (v. 9). Fue debido a su determinación de endurecer su corazón y asesinar a su propio hermano que Dios maldijo a Caín para que anduviese errante por la tierra (vv. 11,12).

Desafortunadamente, la última vez que Caín aparece en la Biblia conserva aún su determinación de arriesgar su propia vida en una airada guerra contra Dios. En vez de aceptar la maldición de Dios sobre él y andar errante, vuelve a desafiar a

Dios construyendo una ciudad (v. 17).

Caín es un ejemplo excelente de un hombre que airadamente se protege y provee por sí mismo y para sí mismo en lugar de humillarse bajo la poderosa y suficiente mano de Dios (1 Pedro 5:6).

Caín pagó caro su estrategia autoprotectora. Puesto que confió en sus sentimientos más que en Dios, su nombre se ha convertido en sinónimo de una ira egoísta potencialmente asesina. Su error nos recuerda que la ira arraigada en esfuerzos egocéntricos de cuidarnos nosotros mismos nunca resulta. Dicha ira procura destruir, no edificar. Es una pasión que consume y devora todo lo que encuentra a su paso. Es la clase de emoción peligrosa a que se refería Santiago cuando dijo: «Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Santiago 1:20). La ira del hombre es muy distinta de

la ira piadosa que es buena, constructiva y amante.

**2. La ira productiva y amante.** Debido a las claras prohibiciones que hace la Biblia en contra de la ira destructiva y a nuestra aversión natural hacia esta poderosa emoción, muchos han llegado a la conclusión de que la Biblia enseña que toda ira es pecaminosa. Con esa conjetura en mente, a menudo interpretamos mal el pasaje de Efesios 4:26 (cp. Salmo 4:4) y lo leemos de la siguiente manera: «No se aíren, porque es pecado. No permitan que el sol se ponga sin que hayan aplacado su ira». Pero eso no es lo que dice el texto.

Las palabras de Efesios 4:26,27 no apoyan la suposición de que la ira en sí misma sea pecaminosa. Los cuatro verbos imperativos que se hallan en estos versículos hacen la traducción muy explícita. El apóstol Pablo nos ordena «airarnos». Pero no se detiene ahí. Esto no

es en manera alguna una autorización en blanco para airarnos indiscriminadamente (el v. 31 esclarece esto categóricamente). El primer mandamiento es moderado por las tres prohibiciones que le siguen.

**Airaos.** Dios sabe que la ira es una emoción importante y necesaria para una persona saludable que vive en un mundo caído. El versículo anterior (v. 25) prepara el contexto para expresar la verdad en nuestras relaciones. Hemos de dejar de fingir y «desechar la mentira y hablar verdad» a nuestro prójimo. Por tanto, el ser honestos respecto a nuestra ira es algo que no podemos evitar. El mandamiento es el siguiente: airaos por el daño que su pecado les hace a ustedes y a los demás, y por el daño que el pecado de los demás les hace a ellos y a ustedes.

John Stott, en su comentario sobre Efesios 4:26 dice:

El versículo reconoce que existe lo que se llama ira cristiana, y muy pocos cristianos la sienten o la expresan. En realidad, cuando no lo hacemos, negamos a Dios, nos hacemos daño a nosotros mismos y fomentamos la propagación del mal (*The Message of Ephesians*, p.185).

Pablo se dio cuenta del potencial del daño devastador que puede causar una rabia descomedida. Por eso hace tres prohibiciones mitigantes después de decir que hemos de airarnos.

**No pequéis.** El mandamiento no es evitar la ira, sino evitar la ira pecaminosa. Si no dominamos las emociones dejan de ser útiles para refrenar el pecado, y en lugar de ello lo multiplican. La ira hacia los que tienen más que nosotros racionaliza el robo (v. 28). La ira que provoca una mala conciencia nos permite negar la verdad, torcerla, y decir

toda clase de cosas hirientes acerca de los demás (v. 29). Nuestra ira puede contristar al Espíritu santo (v. 30), y si resistimos sus suaves advertencias, nuestra ira puede degenerar en el pecado de la amargura (v. 31). La amargura acaba con la pasión por la vida. Desplaza la fe y el amor. Y una vez que la fe y el amor no existen, se desata la espiral descendente que lleva a cometer pecados adicionales de cinismo y malicia (v. 31).

### ***No alimentéis la ira.***

El mandato «no se ponga el sol sobre vuestro enojo» nos manda a lidiar con nuestra ira tan pronto somos conscientes de ella. No hemos de tragárnosla ni rumiarla. Eso sólo servirá para que se encone. Hemos de sacarla de la oscuridad y exponerla a la luz. Hemos de dejar que la verdad consuma nuestra rabia egoísta antes de que crezca, se profundice y se endurezca.

Este mandamiento refleja probablemente la práctica del

Antiguo Testamento de pagar las deudas y devolver los bienes prestados antes de la puesta del sol para no causar molestias a la otra persona (Deuteronomio 24:13-15). De la misma forma, se nos manda a tratar con la ira prontamente para evitar que las relaciones se afecten indebidamente.

No deis lugar al diablo. Esta frase refleja un progreso en la serie de mandatos de Pablo. Satanás sabe cómo explotar la ira egoísta. Una vez que ha conseguido que alimentemos y justifiquemos nuestra ira egoísta sabe que no estamos lejos del odio, la venganza, la negativa a perdonar y la violencia.

Sin embargo, hemos de tener presente que hay una línea muy fina entre la ira amante y la ira egoísta. El evitar completamente la ira es otra forma de darle pie a Satanás.

Desafortunadamente, mucha gente evita la ira a toda costa porque han

sentido esa ira explosiva que hace que se sientan aterrados de enfrentarla, tanto en ellos como en los demás. Según Efesios 4:26, esa no es una opción que Dios nos da.

Le hacemos el juego a Satanás, no sólo cuando dejamos que nuestra ira se vuelva pecado, sino también cuando permitimos que la autoprotección pecaminosa nos impida obedecer el mandamiento de Dios: «Airaos, pero no pequéis». Pocas ocasiones le dan a nuestro enemigo más libertad que cuando los hijos de Dios no aman lo suficiente como para airarse.

La ira y el amor no se excluyen mutuamente. Pueden ser dos caras de la misma moneda. Una ira justa en una persona compasiva puede ser muy productiva para el bienestar de los demás.

## ¿QUÉ HACE QUE DIOS SE AÍRE?

La Biblia enseña claramente que aunque Dios es lento para la ira (Éxodo 34:6,7), hay muchas cosas que por su inmenso amor Él aborrece, menosprecia y castiga.

Dios se aíra de forma lenta pero segura con aquellos que repetidamente toman decisiones que le roban el honor que Él merece. Esta ira no es sólo por Sí mismo, sino en interés de todos los que tienen que estar en una correcta relación con Él.

Dios se aíra lenta pero seguramente con nuestra terca negativa a vivir por fe, sin lo cual no podemos agradarle (Hebreos 11:6). Nuestro compromiso a vivir por vista es una afrenta a Aquel que nos invita a confiarle a Él los anhelos de nuestras sedientas almas. Es en nuestra disposición a vivir por fe que Dios es honrado y glorificado.

La ira de Dios se derramó sobre Moisés cuando, al principio, éste se negó a aceptar el plan de Dios para él de sacar a Israel de Egipto (Éxodo 4:14). Dios se airó con aquellos que se aprovechaban de las viudas y de los huérfanos (22:22-24), con los que estaban en contra de su pueblo (15:7), y con el pueblo idólatra que prefirió ídolos antes que al Dios vivo (32:8-10). La ira de Dios se derramará un día sobre todos los que no tienen fe y son desobedientes (Efesios 5:5, 6; Colosenses 3:5,6).

En Mateo 23, Jesús mostró la ira de su Padre contra los hipócritas fariseos. Se enojó con ellos por su meticulosa atención a cosas que realmente no eran importantes para Dios (como el diezmar las especias) mientras eran abiertamente negligentes con los asuntos de más peso en la ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad (v. 23). Los llamó «serpientes», «generación de víboras», advirtiéndoles que,

a menos que se produjese en ellos un cambio interior, no escaparían del infierno (v. 33). ¡Eso es una ira justa!

John Stott nos recuerda que debemos airarnos por las cosas que aíran a Dios.

El mal flagrante debería producir en nosotros indignación, no tolerancia; ira, no apatía. Si Dios aborrece el pecado, su pueblo debería aborrecerlo también. Si el mal provoca su ira, debería también provocar la nuestra.

«Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley» (Salmo 119:53). ¿Qué otra reacción se puede esperar que provoque en aquellos que aman a Dios? (*The Message of Ephesians*, p.186).

La ira de Dios no es una aberración de su amor sino una extensión del mismo. Los autores del Antiguo Testamento confirman la conexión amor-ira con la siguiente afirmación:

«Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad» (Salmo 86:15; cp. Éxodo 34:6; Números 14:18; Salmo 103:8; 145:8). Sí, Dios se aíra con nuestros pecados individuales, pero también es paciente con nosotros. Está mucho más enojado con aquellos cuyo patrón de vida es regularmente de rebeldía y fría desobediencia.

Levítico 26:27,28

demuestra cómo la ira de Dios se inflama contra aquellos que le desobedecen repetidamente a pesar de la gracia y las bendiciones que Él muestra para con ellos:

*Si aun con esto no me oyereis, sino que procediereis conmigo en oposición, yo procederé en contra de vosotros con ira, y os castigaré aún siete veces por vuestros pecados.*

Unos 700 años antes de que Jesús confrontase a los fariseos en Mateo 23, el profeta Miqueas

comunicó claramente a sus contemporáneos lo que era importante para Dios:

*Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios (Miqueas 6:8).*

Vemos, pues, que el problema no es la ira como emoción en sí misma. Si lo fuere, Dios no podría enojarse y seguir siendo santo. La raíz del problema es la fuente y la función de nuestra ira.

## ¿DE DÓNDE PROVIENE LA IRA EGOÍSTA?

**U**nos esposos fueron a verme a mi oficina. «Lo único que hace es sentarse frente al televisor y mirar los deportes. Cuando trato de hablar con él, nunca me escucha —dijo ella mientras

echaba humo irritada—. Es como si estuviese a millones de kilómetros. Luego, a la hora de acostarnos, tiene el descaro de querer tener relaciones sexuales conmigo. ¡Me enoja tanto que me dan ganas de gritar!»

Por su forma de hablar, la ira de esta esposa parece proceder de una fuente exterior a ella misma: a saber, su esposo. A primera vista, probablemente no estemos de acuerdo. Pero, ¿acaso sólo reaccionamos ante nuestras circunstancias? ¿Qué clase de cosas nos afectan?

**Fuentes externas de ira.** Generalmente, vemos la causa de nuestra ira como algo exterior a nosotros. La mayoría de las veces no nos vemos como responsables directos de nuestra ira. Como la esposa que mencionamos antes, creemos que sencillamente reaccionamos a los estímulos exteriores. «Después de todo —razonamos— si él no la hubiese tratado tan mal, ella no se habría enojado tanto».

Los factores externos sí nos afectan.

***La gente es egoísta.***

¿Cuántas veces hemos escuchado a un marido frustrado decir: «Ella nunca piensa en mí ni toma en cuenta lo que deseo. Sólo piensa en ella y en lo que quiere para ella?» ¿O a un padre que piensa que todo lo que su adolescente desea es su billetera y las llaves del auto?

Es verdad. Ya sea que lo queramos admitir o no, todos vivimos esencialmente para nosotros mismos la mayoría de las veces. Tratar de lograr el primer lugar para nosotros es tan natural como respirar. Somos así por el pecado heredado. Y si eso es cierto, nos queda, entonces, muy poco de nuestro precioso tiempo para ocuparnos de los intereses de los demás como nos manda Filipenses 2:4.

***La vida es injusta.***

¿Alguna vez te has sentido de la siguiente manera?: «¿Por qué nunca me salen bien las

cosas? Trabajo tanto, o quizá más, que el tipo de al lado.

¿Por qué, pues, lo ascienden a él y no a mí?» Parece como si a otras personas las cosas siempre les salieran bien. ¿Te has preguntado por qué te toca siempre la parte delgada del embudo?

Debo confesar que es difícil para mí «gozarme con los que se gozan» (Romanos 12:15). Cuando estaba en la universidad, era muy duro ver que otros recibían grandes sumas de dinero anónimas para pagar sus estudios mientras que a mí no me llegaba nada en el correo. Trabajaba a tiempo completo para pagar mis estudios y proveer para mi familia. Aquellos que recibían el dinero gozosos ni siquiera trabajaban. No me parecía justo. No lo era. Y eso es difícil de tragar. Me provocaba dudas respecto a qué era lo que estaba yo haciendo mal y por qué no era bendecido como ellos.

**La vida es dura.** ¿No te parece como si tu vida estuviese maldita? La verdad es que ¡sí lo está! Estamos viviendo bajo una maldición (Génesis 3:14-19). Se supone que la vida sea difícil. Está llena de espinos y cardos modernos. Jesús dijo que tendríamos aflicción (Juan 16:33).

Los automóviles eran una maldición en mi familia. Parecía que tan pronto reparábamos la transmisión, la bomba de la gasolina se dañaba. Luego eran las llantas, los frenos, el radiador y el silenciador. Y siempre pasaba justo antes de las vacaciones.

Aunque el egoísmo de los demás, las injusticias de la vida y el hecho de que vivimos bajo una maldición son todas realidades con las que debemos luchar, las Escrituras también enseñan que la verdadera fuente de la ira es interna y no externa.

**Fuentes internas de ira.** Debido a nuestro

foco exterior sobre asuntos externos, a menudo no reconocemos que la causa de nuestra ira es que nos damos cuenta de que no estamos obteniendo lo que queremos cuando lo queremos. Igual que un bebé que siente punzadas en la barriguita por el hambre y exige que se le dé comida, nosotros también sentimos punzadas de dolor cuando nuestros deseos quedan frustrados.

**Deseos frustrados.** En Santiago 4:1-3 leemos por qué hay tanto conflicto en nuestras vidas:

*¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.*

Son los deseos que batallan dentro de nosotros los que alimentan nuestros conflictos. Queremos algo que es verdaderamente importante para nosotros. Algo se cruza en nuestro camino que impide que obtengamos lo que deseamos. Y nos enojamos por ello.

Dios nos ha creado con el deseo de tener amor y respeto, y con el anhelo de que otros disfruten de nuestra compañía y nos hagan saber que les importamos. Todos los deseos menores de tener un automóvil nuevo, un aumento de sueldo, una casa más bonita, un cónyuge, un hijo o mejor estado de salud están conectados con los deseos primarios de amar y relacionarnos con los demás. Por último, los deseos que batallan dentro de nosotros son aquellas cosas que creemos que debemos tener para sobrevivir en la vida.

Tomemos, por ejemplo, a Guillermo. Guillermo desea

un automóvil nuevo. No hay nada de malo en ello, pero él lo desea porque cree que lo necesita para sentir que finalmente ha triunfado como hombre de negocios. Se lo pide a Dios. Encuentra un auto deportivo rojo. Se emociona. Solicita un préstamo y se lo rechazan porque no gana lo suficiente. Entonces le pide a Dios un aumento de sueldo, pero su jefe se lo niega. Guillermo se enoja con su jefe, con el banco y consigo mismo porque su meta de comprar ese auto ha sido obstruida. La frustración se entiende. Pero la ira de Guillermo indica que el auto significaba para él más de lo debido.

Pero, ¿y si nuestros deseos no son tan triviales como un auto nuevo? La necesidad del cuerpo de descansar, el anhelo de amar, el deseo de ser respetados, y el querer hacer algo que marque una diferencia son en realidad legítimos deseos. Son anhelos básicos del cuerpo y del

corazón humanos. Claman por ser satisfechos. Pero en un mundo imperfecto de gente egocéntrica, aun esos legítimos deseos nunca serán plenamente satisfechos ni con la mejor de las relaciones o circunstancias. Por tanto, vivimos en un mundo difícil de gente que sufre por deseos frustrados. Y a veces nos aterrorizamos por eso.

**Temor.** El temor que se apodera de nuestros corazones es un temor que crece por la falta de fe y confianza en que Dios es realmente quién dice que es. «... porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6). Las dolorosas experiencias de la vida refuerzan la creencia de que nadie, incluyendo al mismo Dios, parece tener suficiente bondad y fortaleza como para proveer el nivel de seguridad que deseamos.

Una vez eliminamos a Dios del cuadro de nuestras

vidas debemos encontrar la forma de sobrevivir en este mundo. Así, tomamos los asuntos en nuestras manos y buscamos a nuestro alrededor para obtener lo que deseamos. Y cuando lo hacemos, nos convertimos en idólatras. Puesto que no podemos controlar a Dios, fabricamos un dios propio que pensamos podemos controlar. Nos volvemos como Caín, rebeldes airados que detestan a Dios (Santiago 4:4).

### ***Rebeldía decidida.***

En nuestra airada rebeldía contra Dios, buscamos a otros para que nos provean de lo que sólo Dios puede dar: seguridad en un mundo inseguro. Pero nuestro temor se intensifica. No nos sentimos más seguros ahora que tenemos el control de la situación. Nos sentimos más inseguros. Tememos que no tenemos lo que se necesita para lograr las cosas por nuestra cuenta. Por tanto, necesitamos que

los demás estén de acuerdo con nuestros planes. Pero tememos que no cooperen ni nos den lo que deseamos. Consideramos que los demás tienen el poder de hacer o quebrantar nuestros planes de por vida. Y cuando no cooperan con nuestro programa, cuando nos obstruyen la vía, nos enojamos con ellos porque son una amenaza a nuestro frágil sentido de la seguridad. También nos enojamos con nosotros mismos porque nos sentimos débiles al necesitar a alguien más.

Para compensar nuestro temor de lo que otros pueden hacernos y nos harían si realmente supiesen cuán inseguros y desesperados estamos, hacemos airadas exigencias a los demás en la esperanza de poder intimidarlos para que cooperen con nosotros.

***Exigencias no cumplidas.*** Nuestra airada rebeldía contra Dios nos obliga a exigir que otros

cumplan con el papel de Dios. Cuando los demás nos fallan, como inevitablemente lo harán, las exigencias no cumplidas dan lugar a fuertes enojos.

Santiago dice que la razón por la que no recibimos lo que pedimos es que pedimos mal (Santiago 4:3). La mayoría de las cosas que pedimos no tienen nada que ver con un deseo más profundo de confiar en Dios y servir a otros más eficazmente. La mayoría de las veces, nuestro deseo no es tener nuestros corazones poseídos, gobernados y dependientes de Dios para que Él supla nuestras necesidades, sino tener algo de Su creación que pensamos es necesario para nuestro bienestar. Cuando alguien o algo obstruye ese deseo, explota la rabia. La ira duele menos que nuestro temor y ayuda a mitigar el dolor porque nos hace sentir que tenemos un mayor control de la situación. Pero

Dios no está interesado en fomentar la ilusión de que un mundo bajo nuestro control sería más seguro que bajo el control Suyo.

Una cosa es pedirle a Dios que supla nuestras necesidades. Él nos apremia a comunicarle los deseos de nuestro corazón. Pero cuando esos deseos, por legítimos que sean, se convierten en exigencias, cambiamos entonces inconscientemente de hijos suplicantes a rebeldes arrogantes en contra de Dios y a favor de nosotros mismos.

La solución de nuestra ira, pues, requiere una confianza creciente y cada vez más profunda en la presencia y en las promesas de Aquel a quien no podemos ver. Debemos, a través de las desilusiones, pérdidas y enloquecedoras frustraciones de la vida, aprender a creer que nuestro bienestar descansa, no en nuestras exigencias, sino en las manos de Dios. Debemos ser cambiados internamente por la convicción de que Dios

está con nosotros, que sabe lo que necesitamos, que sólo Él puede proveérnoslo, y que nada es más importante que aprender a confiar en Él en este mundo imperfecto y aterrador.

## ¿QUÉ NOS HACE NUESTRA IRA?

La mayoría de nosotros estaría probablemente de acuerdo en que gran parte de nuestra ira es equivocada y debería evitarse. Pero si aborrecemos nuestra ira tanto como decimos, ¿por qué nos aferramos a ella? La respuesta es, en parte, que nos aferramos a ella porque no reconocemos el propósito que hay detrás de nuestras antagónicas estrategias. Es lo que creemos que nos hace nuestra ira lo que nos mantiene aferrados a ella.

Alimentamos la ira porque, consciente o inconscientemente, creemos

que nos beneficia en una de estas tres maneras: 1) nos protege de un mayor dolor, 2) desvía la responsabilidad de nuestro inadecuado amor por los demás, y 3) mantiene a las personas a una distancia manejable que nos asegura que no tenemos que arriesgar el dar nuestros corazones a los demás y quedar heridos en el proceso. Examinemos individualmente cada una de estas funciones de la ira.

### **I. Autoprotección.**

Detesto ir al dentista porque detesto el dolor. Sin embargo, sigo yendo. ¡Y hasta le pago por causarme dolor al tratarme una caries! ¿Por qué? Porque detesto la idea de tener que aguantar un dolor mayor. Si rehúso enfrentar ahora un pequeño dolor, tendré que enfrentar un dolor mayor más tarde cuando la caries llegue al nervio. Esa es la sabiduría de la odontología preventiva.

Entonces, ¿cómo puedo vivir como un ser emocional en un mundo

que suministra a diario una pequeña dosis regular de dolor? En lugar de enfrentar mi dolor (recordemos mis anhelos frustrados), muchas veces preferiré enojarme porque la ira es más fácil de controlar que el dolor y la desilusión. Es más fácil para mí enojarme con mi esposa que enfrentar el dolor de su fría indiferencia. Es más fácil reprender a mi jefe que decirle cuánto hirió mis sentimientos.

Lo que comunico a los demás con mi ira es: «No esperes demasiado de mí porque estoy demasiado herido como para que me importes». Y cuando gasto toda mi energía protegiéndome a mí mismo, no queda nada para proteger a los demás de mi falta de amor por ellos.

El rey Saúl es sinónimo de una ira egoísta de esa naturaleza. Detrás de su ira había temor. Se sentía amenazado por los éxitos militares y la creciente fama

de David (1 Samuel 18:5-9). Saúl estaba seguro de que la intención de David era robarle el reino. No obstante, el verdadero problema de Saúl no era con su siervo sino con Dios. Una vez el profeta Samuel le dijo que el Señor lo había rechazado por su desobediencia (1 Samuel 15:22-29).

La respuesta de Saúl confirmó las palabras de Samuel. En lugar de arrepentirse honestamente de su pecado y colocarse en las manos de Dios, Saúl concibió una estrategia asesina de autoprotección (1 Samuel 18:10,11). Decidido a proteger sus propios intereses egoístas, permaneció enemigo de David hasta su muerte (v. 29).

**2. Desviación.** La ira muchas veces se manifiesta cuando nos atrapan con las manos en la masa. En vez de sentir el peso de nuestro pecado y de aceptar la responsabilidad por nuestras acciones, nos enojamos. Usamos la ira como un arma

ofensiva contra aquellos que nos desenmascaran y nos avergüenzan. Tratamos de voltear las mesas sobre ellos para desviar la atención de nosotros. Intentamos intimidarlos para que acepten el mensaje: «¡El problema aquí no soy yo, sino tú!»

El rey Saúl también demostró el uso desviador de la ira. Cuando su plan de capturar y matar a David en una fiesta de nueva luna fue frustrado, se puso furioso con su hijo Jonatán, quién intentó fabricar una excusa para la ausencia de David. En lugar de reconocer que su vil maquinación había sido frustrada, Saúl atacó con perversas palabras con la intención de destrozarnos vergonzosamente el corazón de su hijo: «Hijo de la perversa y rebelde, ¿acaso no sé yo que tú has elegido al hijo de Isaí para confusión tuya, y para confusión de la vergüenza de tu madre?» (1 Samuel 20:30). Las crueles palabras de Saúl tenían el

propósito de desviar el foco de él a su hijo, a quien llamó traidor y necio.

### **3. Distanciamiento.**

La ira puede también usarse en un intento de asegurar que otros no se acerquen lo suficiente como para descubrir nuestra debilidad. Igual que el puerco espín, usamos púas de antagonismo e intimidación para mantener a los demás a distancia, protegiendo así la delicada piel de nuestras propias inseguridades y defectos.

Piensa en las personas a quienes encuentras intimidadoras. Tal vez sea su jefe, o su padre, o su cónyuge. A menudo son personas que usan la ira para crear un espacio para ellos. Puede que den la impresión de ser fuertes y confiados en sí mismos. Pero debajo de esa bravura hay debilidad. No pueden darse el lujo de permitir que nadie se les acerque lo suficiente para ver su temor o inseguridad.

Mientras el rey Saúl es un ejemplo de la ira en

el Antiguo Testamento, el rey Herodes es un ejemplo notable del Nuevo Testamento. Él también usaba su rabia con fines de autoprotección. Detrás de la airada exhibición de fuerza había una persona aterrorizada y débil que intentaba crear un margen de seguridad para sí mismo. Su temor paranoide cuando nació el Rey de los judíos le condujo a ordenar la matanza de cientos de niños judíos de dos años de edad o menos en toda Belén (Mateo 2:16). Con igual ansiedad asesinó inmisericordemente a su esposa y a todos sus hijos por temor de que lo fuesen a matar a él y tomaran su trono. Se decía en su época que era mejor ser un cerdo en Israel y no uno de los hijos de Herodes, puesto que se tenía así más posibilidades de vivir. Herodes no confiaba más que en sí mismo. No tenía concepto alguno de la seguridad que hallamos en Dios.

Las funciones de autoprotección, desvío y distanciamiento de la ira pueden hacernos sentir como que nos benefician. Como resultado, podríamos aferrarnos ciegamente a ella hasta la muerte. El rey Saúl confió en su ira hasta su muerte. Y al final, escogió morir de la misma forma en que vivió: como un cobarde que rehusaba enfrentar su dolor cometiendo suicidio (1 Samuel 31:4). Su airada obsesión de controlar su mundo le costó todo. Murió solo y sin amor.

## ¿CUÁLES SON LAS FORMAS EN QUE MANEJAMOS MAL LA IRA?

Las Escrituras enseñan que el problema que tenemos la mayoría de nosotros es que somos muy prestos a la ira, y que una vez se enciende la ira, arde

más parecida a un fuego bravío de un bosque que a una fogata de campamento. Santiago expresa claramente que nuestra arrebatada ira no logra los propósitos de Dios en nuestra vida:

*Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago 1:19,20).*

Cuando tomamos la ira en nuestras manos terminamos destruyendo a otros o a nosotros mismos, y generalmente a ambos. A la larga, la ira egoísta dirigida hacia los demás conducirá a varios grados de actividad asesina hacia aquellos que creemos nos han amenazado, herido, desestimado, avergonzado o controlado (Mateo 5:21,22). «Si te metes conmigo me las pagarás», es nuestro lema. La ira dirigida hacia nosotros mismos fomenta conductas suicidas que

acaban con nuestra vitalidad. De cualquier forma, la ira manejada a nuestra manera siempre da como resultado una devastadora destrucción.

### **I. Represión.**

Aprendemos muy temprano en la vida que la ira es una emoción aterradora. Por eso hacemos lo posible por evitarla a toda costa. La mayoría de las veces terminamos por fingir que no estamos enojados con la esperanza de que el enojo se desvanezca y nadie salga herido. Después de todo, razonamos, la ira no es socialmente aceptable ni en la iglesia, ni en la casa, ni en el lugar de trabajo.

Cuando una niña crece en un hogar donde es sometida regularmente a la ira y a explosiones denigrantes de un padre alcohólico hacia su madre aprende que la ira es malvada y cruel. Se hace el firme propósito de nunca ser como él. Entonces, se traga sus sentimientos y se casa con un hombre débil que está

emocionalmente muerto y que no es nada amenazador. Posteriormente en su vida, esta mujer probablemente termine deprimida por la falta de participación significativa de su esposo. Su manera de tratar de protegerse no le produjo el gozo que había esperado.

Muchas depresiones hoy día son el resultado de la ira. Muchas personas deprimidas han elegido apagarse y no involucrarse en su mundo porque han descubierto que sus mejores esfuerzos para hacer que la vida funcione en sus términos han fracasado. Nada parece darles lo que desean profundamente, y abandonan. No hay esperanza.

Esa es una descripción del profeta Jonás al final del libro del Antiguo Testamento que lleva su nombre (Jonás 4:1-10). El quería que Dios destruyese la ciudad de Nínive. En lugar de ello, Dios la perdonó. Jonás estaba enojado con Dios.

Estaba muy ocupado con su propio programa y no percibió en absoluto el compasivo corazón del Dios de Israel. La depresión del profeta fue alimentada con su obsesión por sus propias necesidades, las cuales lo cegaron para no ver las necesidades de los demás.

Los que se tragan su ira dicen que los sentimientos sólo obstruyen sus vidas y la hacen más complicada. Por tanto, la mejor manera de manejar las emociones, especialmente algo tan volátil como la ira, es tragársela y fingir. «Después de todo, las cosas son así en nuestro hogar. No es nada. No hay que hacer un escándalo por eso». Estas son respuestas comunes de los que no expresan las emociones. Después de cierto tiempo, terminan no sintiendo nada: ni dolor ni gozo. La muerte emocional es aplaudida como «estabilidad emocional». Posteriormente, estas personas se convierten en autómatas

maniquíes que funcionan bien pero no afectan a nadie profundamente.

**2. Confesión rápida y superficial.** Muy cerca de la represión, este mal manejo de la ira dice muy rápida y fácilmente: «Lo siento. Sé que no debería enojarme. Es pecado y está mal que lo haga. Por favor, perdóname». Es muchas veces la mentalidad de confesión rápida que no quiere tomarse el tiempo para entender de dónde viene la energía volcánica de nuestra ira o hacia qué está dirigida.

Sí, hemos de deshacernos de toda amargura, rabia y enojo (Efesios 4:31; Colosenses 3:8). Pero asumir que simplemente nos libraremos de una emoción con una abrupta determinación es una tontería. Lo que necesitamos es explorar nuestra ira y exponer sus raíces.

**3. Expresión volcánica.** Los estallidos de ira son fomentados por el mito

que dice: «Si quieres ser auténtico debes ser honesto acerca de tus sentimientos. No reprimas nada. Que todo el mundo se entere de cómo te sientes. Para deshacerte de la presión que crece dentro de ti, échala fuera».

Aunque debemos aprender a expresar nuestros sentimientos, dicha expresión debe hacerse con discernimiento y consideración por los demás. Aquellos que expresan ira sin amor «descargan sus emociones». Cargan su camión de basura emocional y lo descargan completamente en el jardín de otra persona.

Dios nunca nos da el lujo de expresar nuestras emociones sin considerar los daños (Efesios 4:29). De hecho, el profeta Amós registró el espanto de Dios contra aquellos que dan rienda suelta a su ira sin compasión:

*Así ha dicho Jehová:  
Por tres pecados de  
Edom, y por el cuarto,*

*no revocaré su castigo;  
porque persiguió a espada  
a su hermano, y violó  
todo afecto natural; y  
en su furor le ha robado  
siempre, y perpetuamente  
ha guardado el rencor.  
Prenderé fuego en  
Temán, y consumirá  
los palacios de Bosra  
(Amós 1:11,12).*

Sólo Dios puede expresar juicio vengador. Sólo Él es paciente y amante y perfecto como para poder usar la ira para infligir a su pueblo el castigo que merece. Es por eso que Pablo nos dijo:

*No os venguéis vosotros  
mismos, amados míos,  
sino dejad lugar a la ira  
de Dios; porque escrito  
está: Mía es la venganza,  
yo pagaré, dice el Señor  
(Romanos 12:19).*

Ahora que hemos visto cómo no debemos manejar nuestra ira, podemos examinar formas constructivas de manejarla.

# ¿CÓMO SE MANEJA LA IRA PIADOSAMENTE?

## 1. Admita su ira ante

**Dios.** No finja que no se enoja. Todos nos enojamos. No diluya su ira llamándola «frustración» o «irritación». Llámela por su nombre. Sea honesto consigo mismo y luego con Dios. Él lo sabe de todas maneras (Jeremías 17:10; Hebreos 4:12). Derrame su corazón delante de Él y dígame cómo se siente. Muchos de los salmos de David comienzan como una oración a Dios que expresan el temor y la ira que él sentía.

**2. Aprenda a airarse lentamente.** Las palabras airadas pronunciadas aprisa generalmente se lamentan después. Tómese su tiempo para asegurarse de que tenga buenas razones para estar airado. Aprenda a evitar precipitarse a conclusiones desautorizadas. Escuche y haga preguntas. Cuestione

sus propias reacciones. Hay muchas buenas razones por las que Santiago nos dijo que fuésemos prontos para oír, tardos para hablar, y tardos para airarnos (Santiago 1:19). Una de las mejores razones es que el mismo Dios es tardo para airarse, y nuestra meta en la vida es que Él nos haga cada día más semejantes a Cristo.

El rey David, que conocía la ira, dijo: «Temblad, y no pequéis; medidad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad» (Salmo 4:4). Use los momentos de soledad en su vida para reflexionar en oración sobre su ira. Examine sus motivaciones. Hágase preguntas como:

- ¿Por qué me enojé hoy?
- ¿De dónde sale mi ira?
- ¿Por qué me sentí tan amenazado que creí que mi ira era una defensa justificable?
- ¿Por qué es mi ira tan intensa por algo tan pequeño?

- ¿Beneficia mi ira a los demás o más bien está dirigida en su contra?
- ¿Obró mi ira en favor de los intereses de Dios o de los míos propios?
- ¿Provoqué la ira de alguien hoy?

Luego de haber enfrentado estas preguntas en privado, pídale a un amigo en quien confíe que le ayude a probar sus pensamientos. Al hacerse estas escudriñadoras preguntas se verá forzado a discernir si su ira era característica del ejemplo de cómo la manejaba Jesús, o si se parecía más a la ira de Caín, Saúl o Jonás.

Puesto que Jesús estaba seguro en su relación con su Padre, la ira que Él expresaba no reflejaba una hostilidad presta, irritable ni autoprotectora. Más bien, Jesús se enojaba por el mal que era contrario al plan de su Padre y que amenazaba con hacer daño a la gente que Él amaba. Su ira iba acompañada de dolor, y la

expresión de la misma estaba moldeada por el amor (Mateo 23:37).

### **3. Cambie sus creencias sobre Dios.**

Ya sea que nos demos cuenta o no, la mayoría de nuestros sentimientos se basan en creencias profundamente arraigadas sobre dónde se hallan la seguridad y la significación en la vida. El problema de nuestra ira está arraigado, no en nuestros sentimientos, sino en lo que creemos sobre Dios.

Por lo tanto, el desafío según el Nuevo Testamento no es cambiar nuestros sentimientos sino cambiar nuestro modo de pensar. En el conocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros (Romanos 1–11), el apóstol Pablo nos apremió a ser transformados por la renovación de nuestro entendimiento (Romanos 12:2). Con el tiempo, los patrones de pensamientos renovados

darán como resultado sentimientos diferentes.

Todas las emociones, incluyendo la ira, son, por tanto, útiles para ayudarnos a localizar las verdaderas creencias de nuestro corazón. Los sentimientos de rabia pueden utilizarse para empezar a seguirle la pista a las raíces de ese antagonismo. En el proceso podemos discernir si esa ira está arraigada en nuestra confianza en Dios o si es una respuesta egocéntrica sembrada en un espíritu egoísta que exige que las cosas funcionen a nuestra manera.

El que creamos que nuestro bienestar está en las manos de Dios, o en nuestras circunstancias, o en los demás, es un factor de lo más básico para aprender a manejar la ira.

**4. Confiese sus creencias erróneas y arrepíentase.** Esta no es una mera confesión de que tenía sentimientos pecaminosos y airados. Es

mucho más profunda, hasta llegar al falso sistema de creencias que alimenta su ira. Significa arrepentirse de su obstinado compromiso de sobrevivir en la vida bajo sus términos y no bajo los términos de Dios. Significa arrepentirse del airado resentimiento que ha anidado hacia Él por no hacer las cosas a su manera. Significa arrepentirse de su creencia de que Él no es realmente tan bueno, y que no se puede confiar en Él. Y significa arrepentirse de todo el daño que sus airadas exigencias han infligido a Dios y a los demás. Todo esto probablemente implique que se acerque a aquellos a quienes ha hecho daño con su ira y les pida perdón (ver el librito titulado *Cuando perdonar parece imposible*, SS941).

Pero el arrepentimiento significa volverse hacia algo también. Implica un compromiso consciente de andar por fe y no por vista (2 Corintios 5:7), de

abandonarse temerariamente en los amantes brazos de su Padre celestial, quien se deleita en dar buenas dádivas a sus hijos (Mateo 7:11; Santiago 1:17). Significa escoger vivir por la creencia de que Él existe, y que es galardonador de aquellos que le buscan diligentemente (Hebreos 11:6), incluso cuando las cosas no salen como piensa que deberían salir (vv. 35-40). Significa confiar en Él como la única provisión para su alma sedienta y creer que no tiene nada que temer por su confianza en su bondad y amor constantes (Salmo 23:4; 27:1-14).

Cuando el arrepentimiento ocurre a ese profundo nivel, la inseguridad comenzará a evaporarse y en su lugar habrá confianza. La exigencia airada se convertirá en algo repulsivo e innecesario. Su poder se debilitará a medida que sea sustituida por la valentía de amar de la forma en que usted ha sido amado.

En ese momento puede empezar a ejercer control sobre tu ira.

**5. Coloque su ira bajo una nueva administración.** Aunque lo que sentimos no puede ser cambiado directamente, sí podemos cambiar lo que creemos sometiéndonos al Espíritu y la Palabra de Dios. Bajo Su influencia y capacitación, hallaremos que nuestra ira es cada vez más moldeada y restringida por una nueva clase de dominio propio. El apóstol Pablo dijo que este dominio propio (o templanza) es un fruto del Espíritu (Gálatas 5:22,23).

Puesto que Dios es lento para la ira, podemos esperar que cuando nuestra vida esté bajo Su administración adoptaremos algunas de las mismas cualidades de refrenamiento paciente. Puesto que el corazón de Dios nos fue revelado en su Hijo, también podemos esperar comenzar a crecer en lo que la Biblia llama «la mente de Cristo».

Pablo hablaba de tener esta mente de Cristo cuando escribió: «No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros» (Filipenses 2:4). El Hijo de Dios podía asumir esa actitud porque su seguridad no se hallaba en las circunstancias o en las estrategias de autoprotección. En lugar de ello, su confianza estaba en el conocimiento de que cualquier cosa que necesitase sería provista justo a tiempo por su Padre celestial.

Jesús podía arriesgar y sacrificar su propia vida por los demás porque sabía que su futuro no estaba en las manos de los que le injuriaban y le clavaron clavos en las manos y en los pies. El poder de ellos sobre Él fue una concesión temporal necesaria para que Cristo viviese y muriese por aquellos que amaba.

El colocar nuestra ira y nuestro bienestar en las manos de Dios nos ayudará a entender mejor esta mente de

Cristo. Nos ayudará, además, a desarrollar un temor saludable de la ira que Dios reserva para sus enemigos.

El colocar nuestra ira bajo la administración de Dios no disolverá ni evaporará toda clase de ira. Sin embargo, nos hará libres de expresar una ira nueva y piadosa hacia la clase de pecado, en nosotros y en los demás, que aíra lentamente el corazón de Dios.

## LA MÁXIMA PERSPECTIVA DE LA IRA

**L**legará el día en que este mundo verá un derramamiento de la ira de Dios que pondrá todas las demás clases de ira en la perspectiva correcta. En aquella hora fatal, el Hijo de Dios desatará la justicia y la venganza de su Padre contra todos los que han intentado encontrar y defender la vida

en sus propios términos (2 Tesalonicenses 1:5-10). Las buenas nuevas son que, al creer la verdad sobre el Hijo de Dios y lo que hizo por nosotros en una cruz romana, podemos evitar ese día de juicio consumidor. El apóstol Juan escribió:

*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él (Juan 3:36).*

La oferta es un regalo a cambio de una creencia. No es una recompensa por un comportamiento. Es bondad pura e inmerecida. Pero con la oferta viene también una advertencia. Hebreos 10:31 añade: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» Esto se aplica a todo el que conscientemente resiste la voluntad de Dios. Pero tiene un significado especial y eterno para aquellos que persistente y obstinadamente resisten la oferta de salvación de Dios.

La forma cómo respondemos a la oferta de Dios determinará nuestro destino final. También determinará cómo manejamos los problemas más inmediatos de nuestra ira.

El autor, Tim Jackson, es consejero con licencia para ejercer del estado de Michigan, EE.UU., y es el jefe del Departamento de Consejería Bíblica de RBC Ministries en Grand Rapids, Michigan.